

Estrategias de apropiación territorial en la cartografía histórica de la provincia de Chubut, Patagonia, Argentina, a finales del siglo XIX

Territorial appropriation strategies in the historical cartography of the province of Chubut, Patagonia, Argentina, by the end of the 19th century

Analía Castro

CONICET. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano

Resumen: En este trabajo se analiza la presencia de representaciones gráficas de caminos y topónimos indígenas en la cartografía histórica de la provincia de Chubut, Patagonia, Argentina. Para ello, se realiza un relevamiento de mapas antiguos de la Patagonia central y, a partir de esta documentación, se compara la información proporcionada por distintos autores en distintos momentos históricos. Se observa, especialmente para los mapas de momentos de finales del siglo XIX, un manejo selectivo de los datos publicados sobre los indígenas que ocupaban los territorios patagónicos. En este sentido, se plantea que la toponimia fue utilizada como estrategia de apropiación territorial. Finalmente, se sostiene que los topónimos son indicadores válidos sobre la manera de percibir el paisaje por parte de las distintas sociedades.

Palabras clave: cartografía histórica, toponimia, cazadores recolectores, paisaje.

Abstract: In this paper, the presence of graphical representations of indigenous routes and toponyms is analyzed in the historical cartography of the province of Chubut, Patagonia, Argentina. For this purpose, antique maps of Central Patagonia are surveyed and, from this documentation, a comparison can be made between the information provided by different authors in different historical times. It is also possible to observe a selective management of published data regarding the indigenous inhabitants of the Patagonian territory, especially for maps dated around the end of the 19th century. In this sense, the use of toponymy as a means for territorial appropriation is suggested. Finally, an argument will be made for the fact that toponyms are valid indicators of the way the landscape is perceived by different societies.

Keywords: historical cartography, toponymy, hunter-gatherers, landscape.

I. Introducción

Este trabajo se realizó con el objetivo inicial de relevar la presencia de representaciones gráficas de rutas indígenas en mapas antiguos (siglos XVI a XIX) y, al mismo tiempo, registrar la toponimia indígena presente en ellos, para el área específica de la actual provincia de Chubut, Patagonia argentina. En el transcurso del análisis de estos documentos se observó, especialmente para los momentos finales del siglo XIX, un manejo selectivo de la información de acuerdo con distintas coyunturas políticas. Es decir, se observó que en distintos momentos, y de manera intencional, se mostraba o se dejaba de mostrar la información conocida sobre los indígenas que ocupaban los territorios patagónicos. En este sentido, a partir de estos documentos, planteamos la hipótesis del uso de la toponimia como mecanismo de apropiación territorial. Se registraron los topónimos que aparecen en los mapas de la Patagonia confeccionados en distintos momentos históricos y los que son mencionados en otras fuentes escritas (crónicas de viajeros). Se analizaron los reemplazos y/o continuidades de estos topónimos, observando, por último, la presencia de toponimia indígena en la actualidad. Esto permitió comparar el tipo de topónimos utilizado por las distintas sociedades, especialmente en cuanto a qué cosas hacen referencia.

II. Metodología

En una primera instancia, se consultaron mapas antiguos con el objetivo específico de realizar un relevamiento de la mención gráfica de rutas indígenas y topónimos indígenas. Para ello se revisó la colección de mapas antiguos de David Rumsey, disponible en Internet, cuya digitalización en alta resolución permite revisar sectores de los mapas con detalle. Fueron analizados todos los atlas y mapas de esta colección, que incluían a Sudamérica, en general, y a la Patagonia, en particular, desde el siglo XVIII hasta finales del siglo XIX.

Por otra parte, se realizaron consultas en bibliotecas especializadas: Biblioteca del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Biblioteca del Departamento de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y Biblioteca del Instituto Geográfico Nacional. Allí se revisó la cartografía antigua disponible y se tomaron fotos digitales de alta resolución para un mejor manejo de las mismas.

Se considera que los mapas, al igual que los relatos escritos, son representaciones recordadas de la realidad realizadas por autores diversos, con distintas perspectivas e intereses. Por ello, se prestó especial atención al autor, año de realización, lugar de origen y contexto histórico de cada mapa.

Con respecto a las crónicas de viaje, se revisaron, como primera instancia, los autores conocidos que habían publicado sus relatos de viaje por la Patagonia. Entre estos autores se seleccionó, de acuerdo con los objetivos de nuestra investigación, a los que habían viajado específicamente por el interior de lo que en el presente es el territorio de la provincia de Chubut. En ellos se registró la toponimia mencionada, tanto en el texto de sus relatos, como en los mapas y/o croquis adjuntos.

Del mismo modo que los mapas, las crónicas de viajeros y las descripciones que allí se realizan de los hechos están influenciados por quien escribe –no solo por su percepción

que estaría filtrada por su cultura y su contexto histórico, sus experiencias personales y su posición político-social, sino también por sus objetivos e intenciones personales (Nacuzzi, 1998; 2002)–. Por ello, se realizó, en el transcurso de la investigación, una contextualización de los autores, prestando especial atención a los objetivos de su viaje.

Por otra parte, con el objetivo específico de realizar una revisión de la toponimia indígena que se conserva en la actualidad en la provincia de Chubut, para compararla con los topónimos mencionados en las distintas fuentes escritas (relatos de viajeros y mapas), se sistematizó la información brindada por Casamiquela (1987). Este autor publicó un trabajo en el que consignó todos los topónimos indígenas de la provincia de Chubut. Para cada topónimo, Casamiquela explicó su origen (mapuche, tehuelche meridional o tehuelche septentrional) y su significado. Esta información fue ingresada a una base de datos para su mejor manejo estadístico. Cuando los topónimos se repetían en un mismo departamento, fue considerado uno solo de ellos. Se cuantificó la cantidad de topónimos (mapuches o tehuelches) por departamento.

Partiendo de que la toponimia es un indicador válido para acercarse a la manera de percibir el paisaje por parte de las distintas sociedades que los crearon originalmente (Rey Balmaceda, 1960; Tort, 2003), se compararon los significados de la totalidad de topónimos registrados por Casamiquela, discriminando si se trataba de lengua mapuche o tehuelche (no se diferenció entre tehuelche meridional y septentrional porque en muchos casos no estaba consignado). Los significados fueron agrupados en las siguientes categorías de acuerdo con el aspecto al que se hacía referencia: *topografía; vegetación; fauna; mineral; suceso; objeto; enterratorio; cacique; nombre propio; etnia; ganado (toros/vacas/caballos); otros; indeterminado.*

III. Antecedentes: los primeros mapas de la Patagonia

A partir del siglo XVI aparecen los primeros mapas del mundo que representan a la Patagonia. Sin embargo, desde el croquis realizado por Pigafetta, y hasta el siglo XIX, en ellos solo se mencionan los puntos conocidos sobre la costa atlántica, y presentan el interior como «Tierra Incógnita», «Tierra Magallánica», «País de los Patagones», «Inexplorado», etc. A medida que fueron avanzando las exploraciones y los contactos con los indígenas, se fueron incorporando nuevos, pero siempre escasos, datos a este espacio vacío.

Los mapas publicados entre 1650 y 1750 presentan los nombres de los puntos conocidos sobre la costa atlántica, y de algunos ríos que desde la costa son proyectados, de manera imaginaria, hacia el interior del continente (véase, por ejemplo: Blaew, 1660; De Lisle, 1708; Moll, 1732; Bowen, 1747; D’Anville, 1748, y Robert Vaugondy, 1750, en Rumsey, 2010). Entre estos ríos se destaca el «Río Camarones», que aparece dibujado siempre en las cartas de esta época, aproximadamente desde la actual bahía de Camarones hacia el interior (en la actualidad no existe un río ni un cauce seco en esa ubicación, lo que indica que, seguramente, fue confundido con otro).

En 1774, este panorama cambió con la publicación del mapa realizado por Thomas Kitchin, según las indicaciones de Falkner (2008: 51). El jesuita explicó que él trabajó sobre un mapa inicialmente confeccionado por D’Anville, al que sumó la información observada por él mismo durante sus viajes, y la obtenida a través de los testimonios de los indios y cautivos españoles

rescatados. El mapa de Falkner muestra una Patagonia con pocos espacios en blanco y con la ubicación de distintas etnias con diversos nombres. Entre la información que presenta, se destaca la ubicación de una zona de enterritorios indígenas que sigue la línea de la costa. Por otro lado, también presenta líneas punteadas que señalan «rutas de caballos» entre los ríos Colorado y Negro. Además de estos ríos, hasta ese momento no presentes en la cartografía, en este mapa aparece también señalado, por primera vez, el «Río Chulilau», que podría referirse al actual río Chubut.

A partir de la publicación de este mapa que acompañaba la obra de Falkner, aparecen diversos atlas mundiales que incorporan en sus cartas de Sudamérica datos proporcionados por el jesuita (véase, por ejemplo: Morse, 1794; Reid, 1796, Cruz Cano y Olmedilla, 1775/1799, en Rumsey, 2010). Sin embargo, otros continúan mostrando la misma Patagonia vacía y desconocida (véase, por ejemplo: Janvier, 1782; Sayer, 1786; Carey, 1795; en Rumsey, 2010).

Entre los mapas posteriores a Falkner, se destacan dos que poseen nueva información no incluida en el mapa del jesuita. Uno de ellos es el del norteamericano Reid (1796, en Rumsey, 2010), quien señala el lago «Coluguape» en un área cercana a la cordillera. Esta mención no se había registrado en los mapas revisados hasta esa fecha.

Otro mapa realizado un año después que el de Falkner y que toma algunos datos de este, aunque no todos, es el de Cruz Cano y Olmedilla (1775-1799, en Rumsey 2010). Este mapa señala dos caminos indígenas que confluyen en Guaminí: «camino de Pehuenches o Picunches» y «camino poco frecuentado por las correrías de los pampas». Esta es la primera mención gráfica a caminos propiamente indígenas entre los mapas consultados (fig. 1).



Figura 1. Izquierda: Mapa Geográfico de America Meridional. Cruz Cano y Olmedilla, 1775-1799. Colección de David Rumsey, (<http://www.davidrumsey.com>). **Derecha:** detalle del sector en donde se mencionan caminos indígenas.

Los mapas del siglo XIX

Las cartas revisadas entre el año 1800 y el 1844 (Delamarche, 1800; Arrowsmith, 1804; Patterson, 1804; Cary, 1807; Delarochette, 1811; Pinkerton, 1811; Arrowsmith y Lewis, 1812; Darton, 1812; Arrowsmith, 1814; Playfair, 1814; Brue, 1816; Fielding, 1816; Thomson, 1816; Arrowsmith, 1817; Reichard, 1822; Tanner, 1823; Buchon, 1825; Vivien de San Martin, 1825; Finley, 1826; Vandermaelen, 1827; Lapie y Lapie, 1828; Hall, 1829; Lizars, 1831; Mitchell, 1831; Burr, 1835; Fenner, 1835; Fremin *et al.*, 1837; Malte-Brun, 1837; Greenleaf, 1840; Bradford y Goodrich, 1841; S.D.U.K 1842; Berghaus, 1843; Houze, 1844, y Radefeld, 1844; en Rumsey, 2010), no presentan ninguna innovación con respecto a las del siglo anterior. Recién en el mapa publicado en el año 1844 por John Arrowsmith (Rumsey, 2010), familiar de Aaron Arrowsmith, se nota el aporte de nueva información. En él, el autor presenta un recuadro con información más detallada de la Patagonia. Se observan más datos en el sur de la actual provincia de Santa Cruz, lo que demuestra que este autor ha incorporado la información provista por las exploraciones en esa zona. Es llamativo que, a diferencia de los mapas anteriores, publicados por Aaron Arrowsmith, en este no se coloca la mención al lago «Coluguape». Tal vez la referencia aproximada de este lago –que siempre se basó en datos de indígenas, ya que hasta ese momento ningún blanco lo había visitado– hizo que el autor tomara el recaudo de no ponerlo en el mapa actualizado. Se destaca la referencia al «Río Chupat», primera vez que se observa y con ese nombre, en los mapas analizados (fig. 2).



Figura 2. Izquierda: *South America*, J. Arrowsmith, 1844. Colección de David Rumsey (<http://www.davidrumsey.com>). Derecha: detalle del «Río Chupat».

Después de este mapa, y hasta 1871, no se registran nuevas incorporaciones en las cartas conocidas (por ejemplo: Andriveau-Goujon, 1848; Lowry y Sharpe, 1848; Martin y Tellis, 1851; Meyer, 1854; Kiepert, 1855; Colton, 1856; Garnier, 1862; Ziegler y Rittler, 1864, y Stein, 1865; en Rumsey, 2010).

Una excepción es el atlas publicado por Martin de Moussy, que representa a la Patagonia en una carta fechada en 1865. De Moussy era un cartógrafo francés que había sido contratado por el Gobierno de la Confederación Argentina. El mapa de Martin de Moussy contiene todos los datos geográficos conocidos hasta ese momento; incluye la distribución de etnias propuesta por Falkner e incorpora también otra información obtenida de las publicaciones de viajeros, como por ejemplo D´Orbigny (1999), Cox (2006) y Guinnard (2006), entre otros. En su carta pueden observarse claramente diversas rutas indígenas, así como también asentamientos indígenas graficados con iconos que representan tiendas de campaña o toldos (fig. 3). Se observan dos rutas principales que parten del río Negro. Una de ellas se inicia en Choele-Choel y se dirige hacia el sudoeste, en donde se bifurca. La otra, parte de un punto sobre el río Negro cercano a Carmen de Patagones, y desde allí se dirige hacia el sur, cruza el «río Chubut», y, a partir de allí, se ramifica llegando hasta Puerto San Julián. En este mapa, al igual que en el de Falkner, se destaca la presencia indígena.

En el año 1871 se publica la obra de Musters (1964), *Vida entre los patagones*, que incluye un mapa que representa toda la ruta indígena recorrida por el autor y la toponimia mencionada en el transcurso de su viaje. En el libro también se publica un croquis con más detalle de una de las zonas visitadas por Musters (fig. 4). Según el geógrafo Rey Balmaceda, con la aparición del mapa de Musters termina la primera etapa en la historia del conocimiento geográfico de la Patagonia. Esa etapa, «de descubrimiento», combinaba lo fantástico con lo real, y lo legendario con lo histórico (por ejemplo, es de destacar que en el mapa mencionado de Martin de Moussy el autor ubica a la legendaria «Ciudad de los Césares»). A partir de los informes de Musters se tuvo por primera vez una noción completa y precisa del interior de la Patagonia (Rey Balmaceda, 1964: 36).

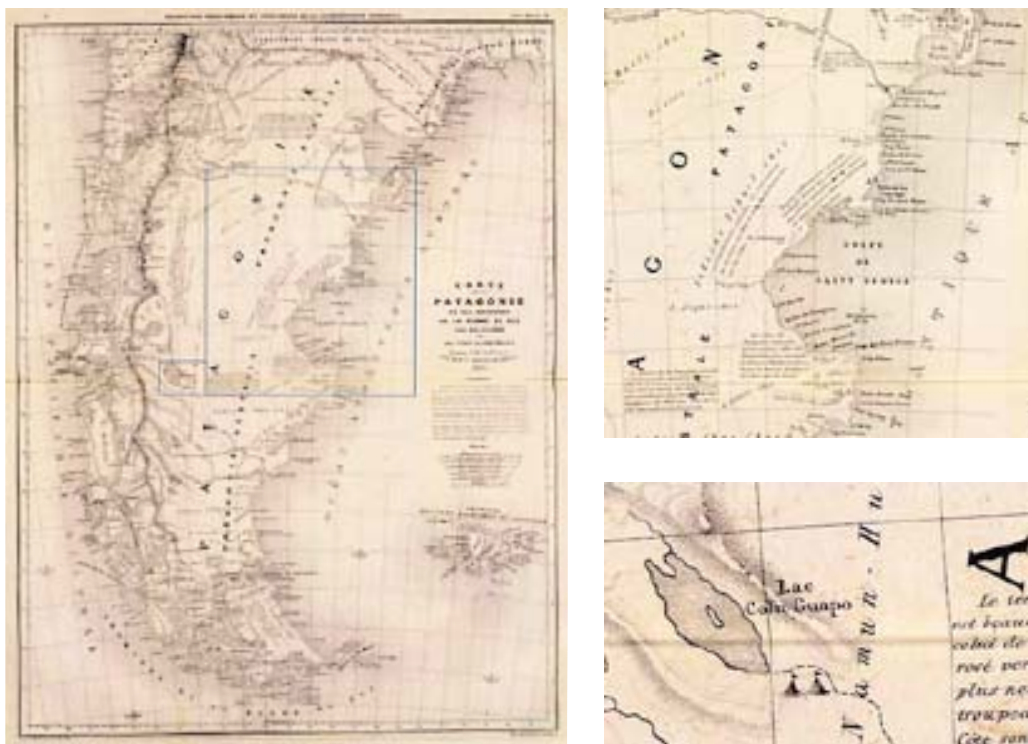


Figura 3. Izquierda: *Carta de la Patagonia*, Martin de Moussy, 1865. En *Atlas de la Confédération Argentine*. Planche XI. 1865. Buenos Aires. 1873. Derecha: detalles de rutas y asentamientos indígenas.

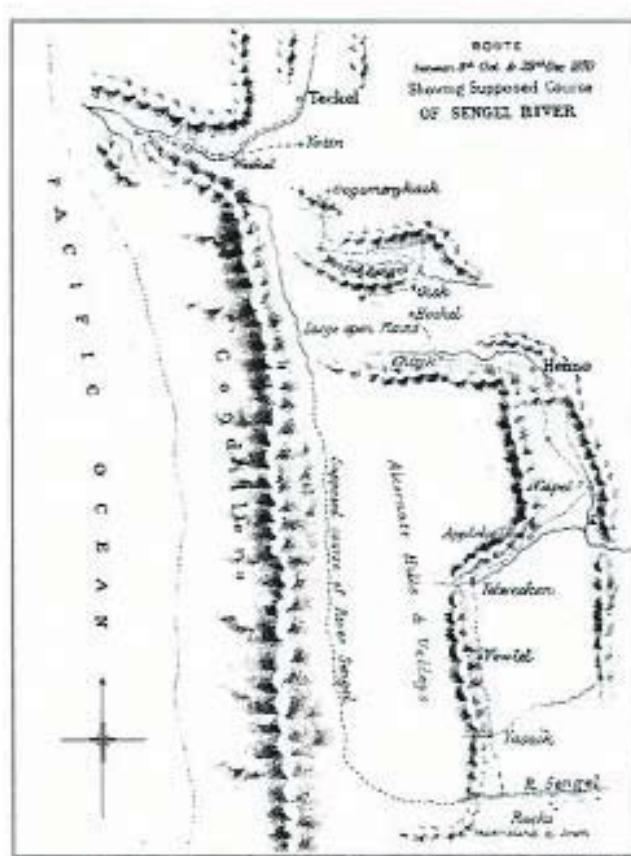


Figura 4. Croquis realizado por Musters, 1871 (tomado de Musters, 1964).

En la década de 1880 comenzó una nueva etapa de exploración y conquista territorial de la Patagonia. En este contexto se confeccionaron nuevos mapas realizados con los aportes de exploradores científicos (Moreno, 1969, 1997, 2004; Lista, 1885, 1998, 2006; Moyano, 1881, 1931; Burmeister, 1888; y Fontana, 1999, entre otros). Todos estos exploradores estaban familiarizados con la obra de Musters, y muchos de ellos organizaban sus exploraciones siguiendo tramos de la ruta recorrida por este viajero. A partir de estas exploraciones se confeccionaron los primeros atlas oficiales nacionales que incluían a las nuevas gobernaciones de la Patagonia (por ejemplo, Paz Soldán, 1887; *Atlas* del IGA, 1892). A continuación, se describe la manera en que se configuró la cartografía oficial, específicamente, de la provincia de Chubut.

IV. La cartografía histórica de la provincia de Chubut a finales del siglo XIX

Se parte aquí del concepto de que el mapa es un vehículo de sentido, es decir, un texto (Lois, 2002). Se sostiene que un mapa está cargado de símbolos que comunican una determinada ideología. Lo expresado en un mapa no es un espejo de la realidad misma en escala, a pesar de que se pretenda presentar como tal, sino que se trata de una representación de aspectos de una realidad recortada y manipulada por quien hace el mapa. Según Lois, los mapas oficiales representan «ficciones cartográficas que expresan la política territorial oficial» (Lois, 2006: 1). En este sentido, la cartografía no solo ha sido instrumental a la necesidad de conocer mejor los territorios que se incorporaban como propios, sino también a la construcción de un imaginario sobre estos territorios.

De la mano de la confección de mapas se presenta la oficialización de los nombres de los lugares. El hecho de representar un determinado lugar en un mapa oficial y con un nombre específico le confiere a ese lugar y al topónimo utilizado un valor institucional, al mismo tiempo que lo fija en el tiempo y el espacio. «El poder se apropia de las tierras anotando en registros, planos o mapas las colecciones de los nombres de los lugares» (Claval, 1999: 173).

La cartografía de la Patagonia de la década de 1880 se presentaba como un ámbito en el que estaba todo por hacer. El espacio no conocido fue concebido en el discurso oficial de la época como un «desierto», un espacio vacío a la espera de la llegada del «progreso» y de la «civilización». Lois ha analizado la cuestión de la construcción en el imaginario colectivo de la idea de «desierto» para el caso del Chaco (Lois, 2002). El concepto de «desierto», con el vacío que este concepto conlleva, se construyó y aplicó ignorando deliberadamente la existencia de los habitantes indígenas.

Al instalar con fuerza la idea de vacío geográfico (y sobreponerle la necesidad de conocer y llenar ese vacío), las prácticas de apropiación militar no parecían requerir otros fundamentos y así, significativamente, se ponía fuera de discusión la cuestión indígena (Lois, 2002: 28).

Esta estrategia fue utilizada también en la Patagonia para legitimar la expropiación de algo que, desde el artificio discursivo, en realidad no era, ni había sido nunca, de nadie.

No se trataba de un desierto interpretado como tal desde la ignorancia, ni por los datos disponibles: fue una elaboración discursiva, fundamentada en la necesidad de dar un sentido específico al territorio patagónico, a partir de los intereses del bloque dominante consolidado en Buenos Aires en 1880 (Gutierrez, 2003: 3).

Paradójicamente, al mismo tiempo que el desierto era postulado, se utilizaba el argumento del nomadismo para negarles la territorialidad a los grupos indígenas de la Patagonia, que habitaban efectivamente ese supuesto desierto. Se presentaba a los indios como unos pobres salvajes que vivían deambulando, corriendo tras su sustento cotidiano. Se los trataba de sobrevivientes anacrónicos, ejemplos de un estadio evolutivo temprano que habían quedado perdidos en el tiempo y el espacio. Esta idea era funcional a los intereses políticos de deshacerse de los antiguos habitantes de la región bajo el argumento, sustentado por la comunidad científica de la época, de un destino fatalmente inexorable del más débil frente al más apto (para este tema véase Navarro Floria *et al.*, 2004).

No obstante, las publicaciones ya muy conocidas de viajeros de la época (Musters, 1964; Moreno, 1969, 1997, 2004; Moyano, 1881, 1931; y Lista, 1885, 1998, 2006; entre otros) daban cuenta de que tal nomadismo estaba lejos de ser un comportamiento no planificado. Por el contrario, existían para el momento evidencias de que los movimientos de estos grupos eran pautados y programados con anticipación. A pesar de los numerosos testimonios que lo manifestaban, se oscurecía el hecho de que dicho nomadismo era consecuencia de una estrategia económica llevada a cabo por los grupos que habitaban el territorio desde hacía milenios, que tenían un profundo conocimiento del mismo, y que poseían una vida organizada, eficiente y compleja (véase, entre otros: Nacuzzi, 1991; Pérez de Micou *et al.*, 1992; Borrero, 2001).

Las rutas indígenas y sus paraderos imbuían de un orden al vasto espacio patagónico. Se trataba de un orden indígena que no era funcional a los intereses de la clase gobernante, y por lo tanto, que no era reconocido a pesar de conocerse su existencia.

A continuación, se analiza el primer plano del territorio nacional del Chubut, confeccionado por Fontana (1999) y presentado a Roca en 1886 (fig. 5), para compararlo con otros mapas elaborados para la zona del Chubut en distintos momentos: la *Carta de la Patagonia* confeccionada por Martín de Moussy en 1865 (fig. 3); el croquis realizado por el viajero G. Ch. Musters publicado en 1871 (Musters, 1964) (fig. 2); el *Atlas* de Paz Soldán de 1887, en donde se publica el primer mapa oficial de la Gobernación del Chubut (fig. 6); y, por último, el *Atlas* de Instituto Geográfico Argentino (IGA) publicado en 1892 bajo la dirección del prusiano Seelstrang (fig. 7). En particular, interesa observar en los mapas oficiales si se encuentran representadas las rutas indígenas, por un lado y si se conservan los topónimos indígenas asociados a las mismas, por el otro.

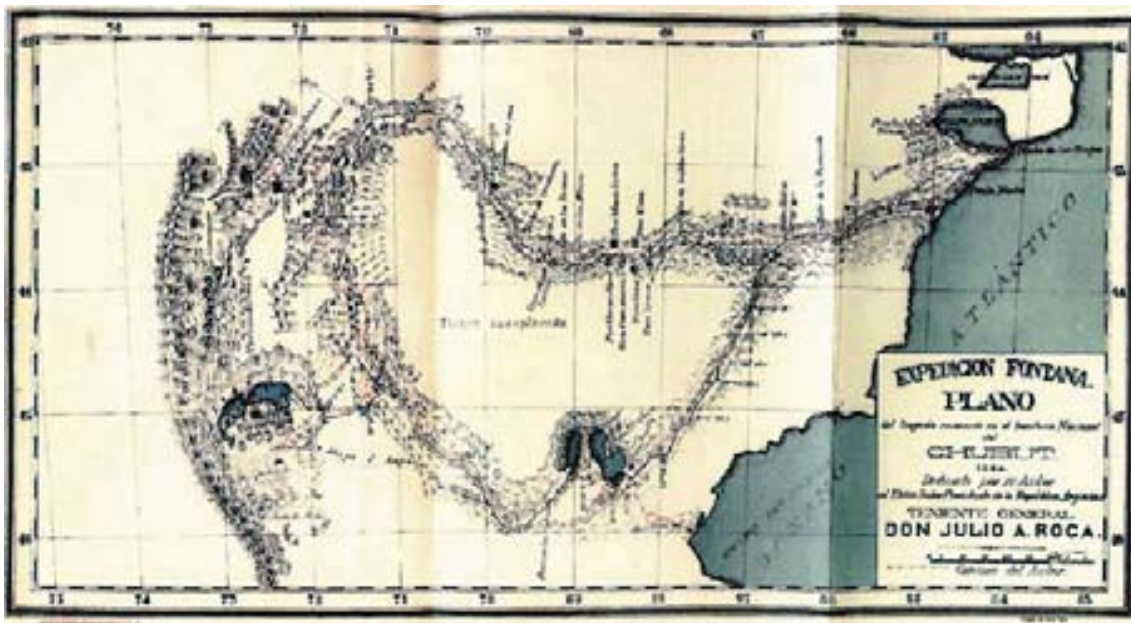


Figura 5. Plano elaborado por Fontana en 1886 (tomado de Fontana, 1999).

El Atlas de la Confederación Argentina de Martín de Moussy: la *Carta de la Patagonia* de 1865

Victor Martín de Moussy fue un médico y geógrafo francés, contratado en un principio por la Confederación Argentina (1852-1861) y que luego continuó su trabajo durante el gobierno de Bartolomé Mitre (1862-1868), hasta que cayó gravemente enfermo. Publicó una *Description de la Confédération Argentine* (tomos I y II en 1858; y tomo III en 1864) y luego un *Atlas* en 1869 (Navarro Floria, 1999) que incluye una *Carta de la Patagonia*, como territorio separado de la Confederación, fechada en el año 1865. Daus sostiene que Martín de Moussy «contribuyó en forma apreciable a fijar el acervo toponímico del país», y que su *Atlas* «fue tenido como fuente principal para aclaraciones toponímicas de diversa índole» (Daus, 1978, en Navarro Floria y Caskill, 2004: 111). Esta aseveración será evaluada para el sector de la Patagonia central del que trata este trabajo, que comprende la actual provincia de Chubut.



Figura 6. Gobernación del Chubut de Paz Soldán, 1887. *Atlas Geográfico de la República Argentina*. Pl. XXIV.



Figura 7. Gobernación del Chubut. Lámina XXV (1889). *Atlas IGA 1892*.

En la carta de la Patagonia de De Moussy se observa que hay muy poca información, en general, para la zona de Chubut. Sin embargo, como ya se mencionó, la presencia indígena está claramente indicada mediante el reconocimiento de territorios ocupados por distintas etnias indígenas y de las rutas indígenas marcadas en el mapa con líneas punteadas que surcan los espacios vacíos. Incluso De Moussy indica la ubicación de algunas tolderías, en ciertos casos con el nombre del cacique a cargo, utilizando un símbolo que las identifica inequívocamente (véase detalle de fig. 3).

Lois, en su análisis de la cartografía oficial de fines del siglo XIX, resalta el hecho de que el *Atlas* de Martin de Moussy no era funcional a las intenciones políticas de la década de 1880, ya que reconocía y afirmaba el dominio indígena sobre vastos territorios del Chaco y la Patagonia. En palabras de Lois:

Eso parece explicar que estas cartografías tan prestigiosas en los años 1860s quedaran desacreditadas dos décadas después: en los años 1880s, esas tierras pobladas por indígenas (y más aún: solo por indígenas), ¿no formaban un paisaje poco deseable para una sociedad que parecía (o pretendía) ubicarse entre las más modernas? (Lois 2006: 4).

En cuanto a los topónimos, se observa que para el área de la provincia de Chubut se registran los escasos puntos conocidos hasta ese momento, que corresponden a los sitios cercanos a la cordillera y a los de la costa atlántica. En el área central, presentada como territorio indígena, no se exhiben topónimos, salvo los casos siguientes: el Lago *Colu-Guapo*; el río *Chupat* con tres ramificaciones en donde ubica a la «Ciudad de los Césares», *Gisnel* y *Cholilan*. Las rutas indígenas están delineadas de manera aproximada y sin topónimos indígenas asociados.

El croquis de Musters (1871) y el plano de Fontana (1886)

Se analiza aquí un croquis confeccionado por Musters (1864) de un sector de la ruta recorrida por él, con la intención de compararlo con el plano de Fontana (1899), que recorre este mismo sector con posterioridad. En el croquis puede verse la preocupación del viajero inglés por dejar asentado el derrotero de la ruta tehuelche, con los diversos nombres indígenas de los paraderos y las características topográficas de la región (fig. 2).

Por su parte, J. L. Fontana, nombrado gobernador del Chubut, expresó la necesidad de llevar a cabo una expedición para conocer el interior de la nueva gobernación «hasta entonces casi en su totalidad completamente desconocida» (Fontana, 1899) y decidió emprender un viaje exploratorio de este nuevo espacio incorporado a la Nación. Se considera a sí mismo una persona idónea y con autoridad científica para confeccionar un mapa con información exacta de la geografía del nuevo territorio:

La memoria y los planos que tengo a honor de presentar a V. E. y que dedico al Exmo. Señor Presidente de la República, describen con rigurosa exactitud la región que he recorrido palmo a palmo, [...] el trabajo espuesto puede y merece reputarse como la espresión mas fidedigna de la verdad (Fontana, 1899: 27).

Es así como, en el informe de su expedición, presenta un plano como resultado fundamental de la misma (ver fig. 5): «Este trabajo, señor Ministro, es explicativo de los planos que adjunto» (Fontana, 1999: 3).

En su discurso, Fontana hace constante hincapié en la importancia de la rigurosidad técnica para tomar las medidas correctas en el terreno y descalifica a los viajeros que lo antecedieron, sobre todo a Musters. Fontana, que ha leído y conoce muy bien el libro de Musters, lo acusa de no poseer la «autoridad científica» necesaria, ya que adolecía de las herramientas técnicas adecuadas para realizar mediciones en el terreno (Castro, 2009).

El plano que presenta Fontana está grillado de acuerdo con los paralelos y los meridianos, y cada punto que menciona lleva un nombre, o un número de campamento, o sus coordenadas. Estos puntos, ubicados en el plano y en el perfil adjuntos en su informe, los indica a partir de sus coordenadas «exactas» y añade en otra lámina una tabla con las referencias (latitud, longitud y altitud) detalladas para cada punto.

Con su constante insistencia en la exactitud técnica y en la objetividad, busca hacer de su plano y de la información que lo acompaña una «demostración» de cómo era la realidad en esos territorios. Es así como, además del plano, adjunta un «Perfil que *demuestra* los principales puntos del Territorio del Chubut recorrido por el autor 1886».

Sin embargo, el que determina que dichos puntos sean los «principales» es el mismo Fontana. Durante todo el transcurso de su trayecto va dando nombre a diversos sitios en el camino y registra estas denominaciones en su plano. Estas decenas de nombres refieren a las cuestiones más diversas: a «curiosas» asociaciones con la formas de los cerros –como el cerro que tenía forma de «gorro frigio» o el «valle Alsina» (porque los cerros que rodeaban el campamento hacían una sombra que era igual al perfil del ministro Alsina–, a un homenaje a los galeses (valle de los Mártires), a fechas (valle 16 de octubre, día en que se establece la ley que crea las gobernaciones de los Territorios Nacionales), y a diversos nombres propios en homenaje a personas: galeses importantes (paso Evans y pico Thomas); al ingeniero que lo acompaña (pico Katterfeld); a un antepasado suyo que ayudó al mismísimo Colón en los preparativos del viaje (río Pérez Marchena); a su propia nodriza (lago Rosario), y hasta a su mismo nombre, «lago Fontana» (topónimo que él aclara que fue decidido por el resto de la compañía sin su consentimiento).

No obstante esta abundante creatividad toponímica, Fontana señaló que, en el caso de que existiera un nombre indígena previo, este nombre debía ser respetado. Esto pone en evidencia que Fontana intenta dar por sentado a los que leen su informe que todos los puntos denominados en su trayecto no tenían un nombre previo. Sin embargo, contradictoriamente, se observan casos en los que en su plano aparecen dos nombres simultáneos, uno indígena y uno dado por él, como por ejemplo en el caso del río Mayo o *Aayones*.

Como ya se ha mencionado, uno de los sectores de su trayecto sigue un tramo de la ruta indígena recorrida anteriormente por Musters. Esto lo hace gracias al encuentro accidental con un grupo de tehuelches, a quienes toma como prisioneros. Uno de estos tehuelches, llamado Platero, es obligado por Fontana a guiarlo por la misma ruta seguida por el viajero inglés, para que le indique los pasos exactos por los que este había transitado (Castro, 2009). A pesar de esto, Fontana no se molesta en ubicar en su plano los numerosos topónimos

que menciona Musters para este sector. Tan solo mantiene los nombres de los principales ríos que, en general, ya habían sido incorporados por otros viajeros científicos a partir de la información dada por Musters.

En síntesis, se observa que en el plano de Fontana hay una gran ausencia de lo indígena. La ruta que se indica en el mapa señala que es la seguida por el autor, no representa caminos indígenas, aunque en algunos tramos coincide con las rutas indígenas informadas por exploradores anteriores. Por ejemplo: el tramo de la cuenca del río Senguer, pasando por los lagos Musters y Colhué Huapi, continuando por el río Chico hasta su confluencia en el río Chubut, se trata de una ruta tehuelche documentada en diversas fuentes históricas y etnográficas (Castro *et al.*, 2007; Pérez de Micou *et al.*, 2009). Los topónimos indígenas que coloca en el plano son un porcentaje mínimo comparados con los nuevos topónimos creados por él mismo. En su plano hay un extenso espacio central en blanco que se presenta como «Tierra inexplorada». Solo hay una mención del lugar en donde el cacique Foyel fue derrotado años atrás: «Campos de Foyel». Por otra parte, se advierte que la distribución de topónimos creados por Fontana no es homogénea. En el sector del valle inferior del río Chubut hay una gran cantidad de topónimos, mientras que en otros sectores de su recorrido solo numera campamentos sin dar ningún nombre (por ejemplo en el valle del río Chico)¹.

El *Atlas* de Paz Soldán (1887) y el *Atlas* del IGA de 1892, dirigido por Seelstrang

Paz Soldán, al igual que Fontana, se presenta ante todo como una autoridad legítima en el tema y con elevada rigurosidad científica, criticando también a los que lo precedieron en la realización de cartografías para la región.

Este *Atlas* se presenta desde el prólogo como una superación de otros atlas que, a su parecer, eran «copiados sin criterio, desatendiendo los nuevos estudios de exploradores científicos». Para afirmar su rigor científico describe los procedimientos técnicos [...], consigna en la portada la múltiple adscripción institucional del autor a las más reconocidas corporaciones u organismos [...]. (Lois, 2002: 63).

Este mapa está claramente confeccionado utilizando la información del plano realizado por J. L. Fontana, y agrega los datos ya conocidos de la costa atlántica (fig. 6). Incluye todos los topónimos que figuran en el plano del gobernador, incluso aparecen intercambiados los nombres del lago Colhue Huapi y Musters, «error» intencional que comete Fontana (Rey Balmaceda, 1960).

Al igual que en el plano de Fontana, hay una extensa área central vacía y determinada como «Tierra inexplorada». No hace ninguna referencia a rutas indígenas, ni tolderías, salvo la alusión a la ubicación de las antiguas tolderías de Foyel tomada de Fontana. Sin embargo,

¹ Cabe aclarar aquí que en la expedición de Fontana participaban mayoritariamente pobladores galeses que, desde su llegada a la desembocadura del río Chubut, en 1865, estaban ocupados en la búsqueda de las mejores tierras en donde establecerse al interior de la provincia y ya habían hecho incursiones con este objetivo. El río Chico no era en ese momento una zona atractiva para el asentamiento de colonias agrícolas, ya que se trataba de una zona extremadamente árida.

se nota la presencia de algunos topónimos indígenas en el oeste de la provincia, que no figuran en el plano de Fontana y que se corresponden con los informados por Musters. Son seis topónimos (de norte a sur): *Diplkaik*, *Esgel*, *Wulkein*, *Cargekaik*, *Gisk* y *Yolke*. Lo llamativo de esto es por qué solo coloca algunos de los topónimos de Musters y no todos ¿cuál habrá sido el criterio de selección? Por otro lado, tres de estos topónimos –*Esgel*, *Wulkein* y *Cargekaik*– aparecen con el símbolo que en la leyenda refiere a «departamento» y uno de ellos –*Yolke*– como a «fortín». Los otros no tienen símbolo alguno. Tanto *Esgel*, como *Wulkein* y *Yolke*, corresponderían respectivamente a las actuales ciudades de Esquel, Gualjaina y Río Mayo. Los que restan no se relacionarían, aparentemente, con ningún poblado actual (Escalada, 1949; Rey Balmaceda, 1960; Casamiquela, 1987).

El mapa de la Gobernación del Chubut que integra el *Atlas* del Instituto Geográfico Argentino (IGA) de 1892 contrasta notablemente con el mencionado mapa de Paz Soldán. La lámina XXV, fechada en 1889, presenta una carta plagada de datos y prácticamente sin espacios vacíos (fig. 7). Menciona las numerosas fuentes en las que se basa, que incluyen información de militares, como Lino de Roa (Dumrauf, 1980-1981); oficinas públicas, como el Departamento de Ingenieros Civiles y la Dirección de Tierras y Colonias; y privadas, como empresas ferroviarias. Cita también a mapas extranjeros publicados en la revista *Petermanns Geographische Mitteilungen* (Comunicaciones geográficas de Petermann), y a los viajeros y exploradores Musters, Lista, Moyano y Fontana. En su mapa se observa una gran cantidad de topónimos indígenas (señalados como «paraderos indígenas») y de rutas que los unen. Algunas de estas rutas señalan los nombres de los exploradores que las recorrieron y el año de la expedición.

Cabe preguntarse el porqué de que dos mapas de la Gobernación de Chubut, publicados en años consecutivos, manifiesten tanta diferencia en cuanto a la información que presentan. ¿Será tal vez a causa de que Seelstrang, cartógrafo prusiano que dirige la confección de este último atlas, privilegiaba la publicación de todo lo conocido hasta el momento, sin atender a los intereses de un grupo político que rehusaba la presencia indígena? Un mapa anterior, publicado por él junto con Tourmente en 1876, fue motivo de importantes críticas, sobre todo por parte de Estanislao Zeballos, transformándose en objeto de un duro conflicto diplomático debido a la manera en que en él se fijaban los límites con Brasil. En relación a esto, Lois comenta: «Estas geografías vistas con ojos extranjeros no parecen haber sido demasiado sensibles a los intereses del nuevo estado» (Lois, 2007: 117). Finalmente, muchos de los topónimos indígenas que se presentaban en el *Atlas* del IGA de Seelstrang, y tantos otros mencionados por los viajeros del siglo XIX, no se han conservado en los actuales mapas oficiales del Chubut.

V. La toponimia en la actualidad chubutense

Rey Balmaceda ha realizado un estudio sobre la toponimia presentada por Musters y ha intentado situar en el terreno los puntos referidos por este en su viaje (Rey Balmaceda, 1960). En su tesis de 1969, presenta una tabla de los topónimos que extrajo de Musters y la compara con información obtenida del Instituto Geográfico Militar llegando al siguiente resultado:

Si hacemos un balance de esta tabla arribamos a un resultado desalentador. Comprobamos de inmediato que se han perdido los siguientes topónimos

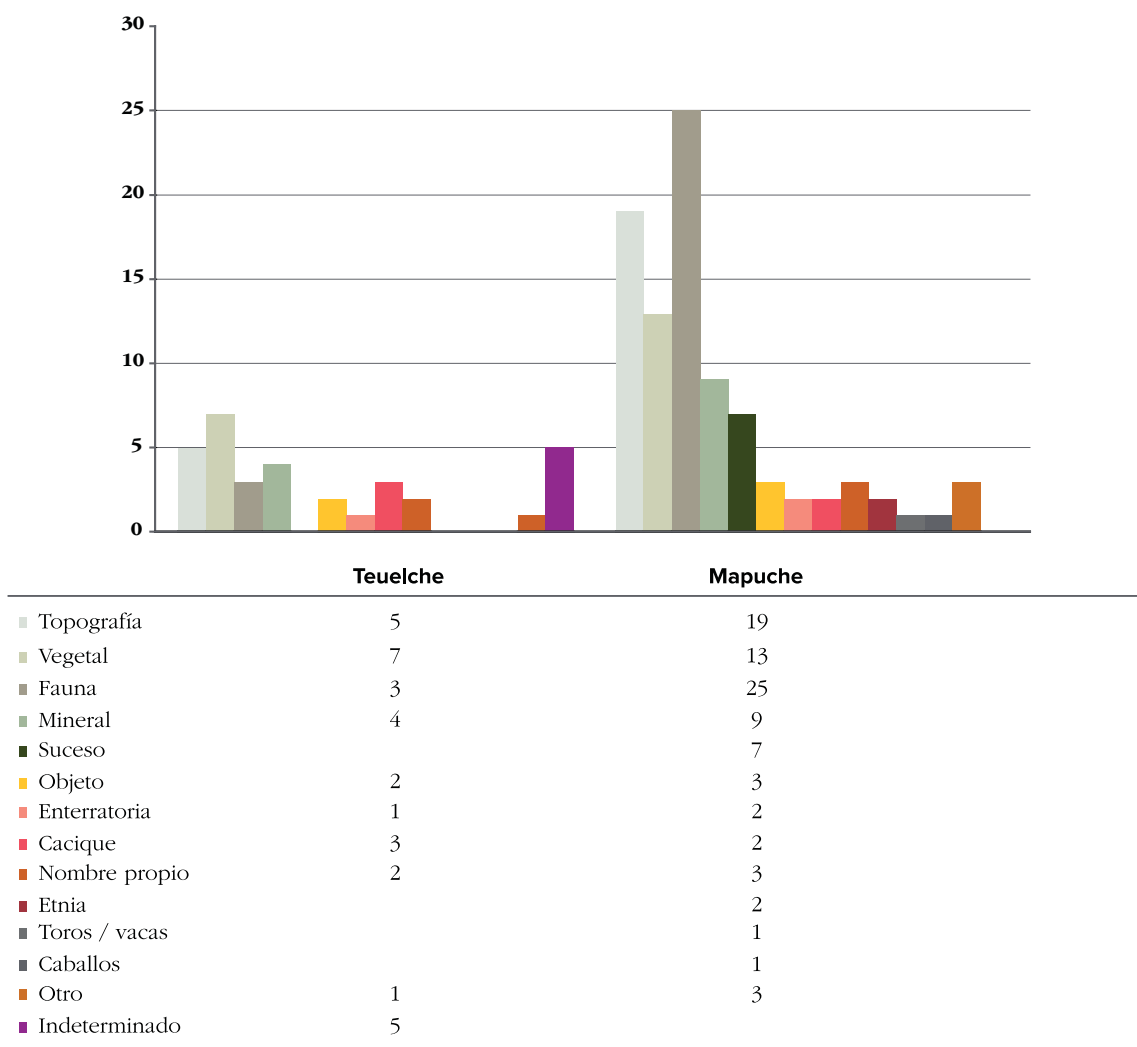
indígenas: *Mowaisb, Amakaken, Toppelaik, Tele, Yölke, Yaiken-kaimak, Yasaik, Yowlel, Telwecken, Capel, Chirik, Hosbelkaik, Jerosbaik, Gisk, Gogomenybaik, Weckwl, Chaykash, Yate, Woolkein, Diplaik, Telck, Gatchn-kaik, Changui, Geylum, Oerroe, Kitchin-kaik*, sin considerar aquellos que han sufrido singulares modificaciones en su expresión actual con respecto a la proporcionada por Musters.

Ante tal lamentable comprobación, que no resulta difícil de explicar teniendo en cuenta las especiales características del poblamiento de la Patagonia, solo cabe hacer un llamado a nuestro Instituto Geográfico Militar –principal organismo encargado de velar por la fijación de la toponimia argentina– [...] (Rey Balmaceda, 1960: 223-224).

De la misma manera, Casamiquela (1987) realizó un relevamiento de la toponimia indígena que existe actualmente para la provincia de Chubut. En su trabajo se puede observar que se han perdido la mayoría de los topónimos de los que habló Musters y los que pueden observarse en el mapa del Atlas del IGA de 1892. Los departamentos que actualmente poseen la mayor cantidad de topónimos indígenas son, en orden de importancia por su cantidad: Senguerr, Cushamen, Gastre, Telsen y, por último, Languiño. En todos ellos predominan los topónimos de origen mapuche (tabla 1). Entre ellos, los más abundantes son los que hacen referencia a fauna silvestre, luego a características topográficas, y en tercer lugar a los recursos vegetales silvestres. En el caso de los topónimos tehuelches, predominan los que refieren a recursos vegetales, luego a la topografía y por último a recursos minerales (gráfico 1).

Tabla 1. Topónimos actuales tehuelches y mapuches por Departamento de la Provincia de Chubut, según datos de Casamiquela (1987)

	Departamento de Chubut							
	Tehuelche		Mapuche		Indefinido		Total	
	n	%	n	%	n	%	n	%
Biedma	-	-	2	67	1	33	3	2
Cushamen	6	29	12	57	3	14	21	16
Escalante	-	-	3	75	1	25	4	3
Futaleufú	1	13	6	75	1	13	8	6
Gaiman	1	100	-	-	-	-	1	1
Gastre	5	28	12	67	1	6	18	14
Languiño	2	18	9	82	-	-	11	8
Mártires	-	-	1	100	-	-	1	1
Paso de los Indios	1	11	8	89	-	-	9	7
Sao	1	11	8	89	-	-	9	7
Senguerr	8	33	15	63	1	4	24	18
Tehuelches	4	50	4	50	-	-	8	6
Telsen	4	29	10	71	-	-	14	11
Total general	33	25	90	69	8	6	131	100

Gráfico 1. Referencias principales de los topónimos indígenas, según datos de Casamiquela (1987)

VI. Síntesis y consideraciones finales

A través de la cartografía histórica de lo que en la actualidad es la provincia de Chubut, se observó que en años anteriores a 1880 se publicaban mapas oficiales realizados por extranjeros, como el de Martin de Moussy (1865), y mapas no oficiales, como el que aparece en el relato de viaje de G. Musters (1871), en donde la presencia indígena y su dominio sobre extensos territorios de la Patagonia era claramente mostrada. Luego de la campaña al «desierto», con la apropiación material de los territorios, se precipitó un proceso simbólico de apropiación que complementó y completó el despojo material. Se presentó aquí el plano confeccionado por J. L. Fontana (1886) como ilustrativo de este proceso.

En el plano de Fontana y en su informe se ve plasmada la necesidad de promover la inmigración a través de la reinención de la Patagonia, un «desierto» hasta aquel momento «deshabitado», y que ahora debía mostrarse como poseedor de un futuro promisorio (Nouzeilles, 1999). Fontana, desconociendo intencionalmente muchos de los datos toponímicos indígenas brindados por el viajero Musters, creó una gran cantidad de topónimos nuevos. Estos

topónimos hacen referencia, en su mayoría, a cuestiones que tienen que ver con la instauración de la nueva Nación floreciente y sus protagonistas: valle Alsina, cerro Gorro Frigio, valle 17 de octubre, río Mayo, lago Fontana, etc. A esto se agrega la inclusión de los inmigrantes galeses en este proceso, a través de la aceptación de algunos de sus topónimos y de la creación de otros en homenaje a galeses destacados: paso Evans, pico Thomas, Valle de los Mártires. Se trata de una toma de posesión del territorio a través del bautismo del espacio y de sus puntos notables. Nombrar los lugares es impregnarlos de cultura y poder (Claval, 1999).

Al mismo tiempo, se observó que Fontana realizó una jerarquización de los lugares a través de la toponimia. Es evidente en su plano que la región que él consideraba más próspera y de mayor importancia política era la de la zona del valle inferior del río Chubut y de algunos sectores cercanos a la cordillera, ya que es allí en donde se ocupa de nombrar la mayoría de los puntos del paisaje. En otros sectores de su recorrido, tales como todo el valle del río Chico, hay una ausencia completa de toponimia y la descripción en su informe es muy breve.

Del mismo modo, el *Atlas* de Paz Soldán (1887) refleja la imagen del territorio del Chubut creada por Fontana. En su mapa, al igual que en el de Fontana, el indígena está ausente y hay extensos espacios en blanco o «vacíos».

En los mapas actuales de la provincia de Chubut (IGM, 2001) se observa que se ha conservado mucha de la toponimia creada por Fontana durante la década de 1880. Los nombres de ciudades importantes de la provincia hacen referencia a personajes ilustres de la Nación (Sarmiento, José de San Martín), que no se relacionan de ningún modo con sucesos patagónicos. En las ciudades costeras se hace evidente la presencia galesa a partir de los nombres de las ciudades más importantes (Trelew y Madryn, por ejemplo).

A partir de la toponimia, puede entreverse un contraste notable entre «el paisaje indígena» y el territorio representado en los mapas. Los topónimos plasmados por Fontana en su mapa no solo reflejan un cambio en cuanto a los términos utilizados, sino que también son indicativos de una mentalidad que buscaba plasmar en el paisaje la legitimación de una nueva ocupación europeo/criolla. En cambio, los topónimos indígenas hacían referencia a cualidades del paisaje que eran significativas y utilitarias en su devenir cotidiano. El paisaje indígena era un paisaje cargado de significados y de puntos que eran conectados por las rutas indígenas que ordenaban el espacio. Los nuevos topónimos connotan la intencionalidad de imponer un nuevo orden a ese espacio, un orden grillado con paralelos y meridianos, el orden de los vencedores, con sus nombres y sus símbolos. Desde este nuevo orden los puntos importantes en el paisaje no solo han cambiado de denominación, sino que también muchos han desaparecido, como topónimo y como punto con significación en el paisaje. Muchos lugares que eran de gran importancia para los grupos indígenas hoy no aparecen en los mapas e incluso pasan desapercibidos por quien los recorre desatendidamente. Por otra parte, hay nuevos lugares que antes no formaban parte de la vida del indígena, incluso algunos que han surgido muy recientemente y que tienen que ver con el orden económico mundial, como por ejemplo, la ciudad de Comodoro Rivadavia, surgida de la mano de la explotación petrolera, o la localidad de Astra, que es el nombre de una empresa petrolera y puede verse marcada en los mapas de la región.

² Aunque su significado ha quedado en la memoria de unos pocos (Casamiquela, 1987; Aguado y Payaguala, 2006).

No obstante todo esto, muchos topónimos indígenas se conservan en la provincia de Chubut². Es sabido que ante el nuevo orden impuesto con la llegada de los españoles a América, los grupos indígenas de la Patagonia conservaron su autonomía, al menos hasta el siglo XIX, y se complementaron de manera activa a las nuevas condiciones (véase, entre otros: Mandrini, 2000; Palermo, 2000). Esta situación respondía, en parte, a una falta de interés político en estos territorios por parte de la Corona española (Mandrini, 2000; Gutiérrez, 2003) hasta la llegada de la Casa de los Borbones. Del mismo modo, la incorporación de los territorios patagónicos a la nueva Nación Argentina se dio tardíamente en comparación con el resto del país, cuando, a partir de 1880, se consolidó un nuevo bloque de poder nucleado en el puerto de Buenos Aires. De acuerdo con los intereses políticos y económicos de este grupo de poder y el esquema agroexportador con el que aspiraban a integrarse en el sistema mundial, se necesitaba que las tierras de la Patagonia fueran incorporadas y completamente dominadas bajo el poder central. La relativa independencia de que gozaban los pueblos originarios se transformó en un obstáculo para este nuevo modelo político-económico (Gutiérrez, 2003). A partir de este momento se aplicaron políticas nacionales más duras para apropiarse de esos territorios y eliminar cualquier obstáculo que se interpusiese. En este marco se dio la llamada «conquista del desierto», llevada a cabo hasta sus últimas consecuencias por el general Roca.

A pesar de este nuevo contexto político y de sus nefastos resultados para las comunidades indígenas, sus sobrevivientes continuaron, y continúan hasta el presente, conviviendo con los nuevos ocupantes de su territorio, y se integraron de manera estratégica a través de la modificación de algunas de sus pautas de subsistencia. El obligado sedentarismo, por ejemplo, los llevó a realizar nuevas actividades económicas que incluyen principalmente la cría de ganado ovino y los trabajos rurales como empleados en estancias (Pinotti, 2001). Todo este proceso histórico conllevó un intenso mestizaje entre los distintos grupos que conviven en los mismos espacios. En este contexto, algunos topónimos se han conservado de manera oral o son conocidos por los pobladores locales, aunque no figuren en los mapas oficiales.

VII. Agradecimientos

Este trabajo forma parte de la investigación realizada para mi tesis doctoral *Rutas indígenas y arqueología de la provincia de Chubut*, bajo la dirección de la Dra. Cecilia Pérez de Micou. La idea original de escribirlo surgió durante el seminario de doctorado «Geografía Histórica y procesos de formación territorial», dictado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, por el Dr. Pedro Navarro Floria y la Dra. Perla Zusman. Agradezco a ambos por sus clases enriquecedoras y por la bibliografía que me dieron a conocer, especialmente a la Dra. Zusman por sus comentarios a la primera versión de este trabajo. Gracias también a Julián Eizaguirre, quien me ayudó en la sistematización de los datos toponímicos. Finalmente, agradezco a la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT) y al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), ya que, a través de las becas que me otorgaron, me dieron la posibilidad de desarrollar mis investigaciones doctorales.

Bibliografía

- AGUADO, A. y O. PAYAGUALA (2006): *La tierra tehuelche. Sus nombres y su pasado. Toponimia de la región central de Patagonia*. Comodoro Rivadavia, Chubut.
- BORRERO, L. A. (2001): *El poblamiento de la Patagonia. Toldos, milodones y volcanes*. Emecé, Buenos Aires.
- BURMEISTER, C. V. (1888): «Relación de un viaje a la Gobernación del Chubut». *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, impresión separada del tomo III. Coni, Buenos Aires.
- CASAMIQUELA, R. (1987): *Toponimia Indígena del Chubut*. Publicación del Gobierno de la Provincia de Chubut.
- CASTRO, A. (2009): «Tu ruta es mi ruta –dos hombres... un camino. Rutas indígenas recorridas por no indígenas. Paisajes y perspectivas de la Patagonia». En BOURLOT T.; BOZZUTO, D.; CRESPO, C.; HECHT, A. y KUPERSMIT, N. (ed.), *Entre pasados y presentes II. Estudios Contemporáneos en Ciencias Antropológicas*: 383-394. Fundación de Historia Natural Azara y AINA, Buenos Aires.
- CASTRO, A.; PÉREZ DE MICOU, C. B.; BURRY, L. S.; y TRIVI DE MANDRI, M. (2007): «Paleoambiente y Etnohistoria en el lago Colhue Huapí (Resumen Extendido)». En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo III: 333-337, San Salvador de Jujuy.
- CLAVAL, P. (1999): *La geografía cultural*. Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA).
- COX, G. (2006): *Exploración de la Patagonia norte. Un viajero en el Nahuel Huapi (1862-1863)*. Continente, Buenos Aires.
- D'ORBIGNY, A. (1999): *Viaje por América meridional II*. Memoria Argentina Emecé, Buenos Aires.
- DUMRAUF, C. I. (1980-1981): *Las últimas campañas militares del sur (1883-1884)*. Fundación de apoyo al Instituto Universitario Trelew. Secretaría General de la Gobernación del Chubut.
- ESCALADA, F. A. (1949): *El complejo tehuelche*. Coni, Buenos Aires.
- FALKNER, T. (2008) [1774]: *Descripción de la Patagonia*. Continente, Buenos Aires.
- FONTANA, L. J. (1999) [1886]: *Viaje de Exploración en la Patagonia Austral*. Conflencia, Buenos Aires.
- GUINNARD, A. (2006): *Tres años entre los patagones. Apasionado relato de un francés cautivo en la Patagonia (1856-1859)*. Continente, Buenos Aires.
- GUTIÉRREZ, G. (2003): *Patagonia, ¿una región sin realidad?* Publicación electrónica, Bariloche. Disponible en <<http://www.manuelugarte.org/modulos/biblioteca/g/gutierrez/patagonia.pdf>>.

Instituto Geográfico Argentino (IGA) (1892): «Gobernación del Chubut (1889)». En *Atlas de la República Argentina*: lámina xxv.

Instituto Geográfico Militar (IGM) (2001): «Mapa de la Provincia de Chubut». En *Atlas Geográfico de la República Argentina*: 61.

LISTA, R. (1885): *Exploración de la Pampa y de la Patagonia*. Talleres de la Tribuna Nacional, Buenos Aires.

– (1998) [1894]: *Los indios tehuelches, una raza que desaparece*. Confluencia. Buenos Aires.

– (2006) [1879]: *Viaje al país de los tehuelches*. CM Editores, Buenos Aires.

LOIS, C. (2002): «De desierto ignoto a territorio representado. Cartografía, Estado y Territorio en el Gran Chaco argentino (1866-1916)». *Cuadernos de Territorio* 10. Instituto de Geografía. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

– (2006): «Técnica, Política y «Deseo Territorial» en la cartografía oficial de la Argentina (1852-1941)». *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. X, núm. 218 (52). Universidad de Barcelona.

Disponibile en <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-52.htm>>.

– (2007): «La Patagonia en el mapa de la Argentina moderna. Política y «deseo territorial» en la cartografía oficial argentina en la segunda mitad del siglo XIX». En NAVARRO FLORIA, P. (coord.): *Paisajes del Progreso. La resignificación de la Patagonia Norte, 1880-1916*. 107-134. Universidad Nacional del Comahue, Río Negro.

MANDRINI, R. (2000): «La economía indígena del ámbito pampeano-patagónico. Problemas de las fuentes o ceguera de los historiadores?». En *América latina en la historia económica*. Boletín de fuentes n.º 12: 39-58. México.

MARTIN DE MOUSSY, V. (1865) [1873]: «Carte de la Patagonie et des Archipels de la Terre de Feu des Malouines et des côtes occidentales». En *Atlas de la Confédération Argentine*, planche xi. Buenos Aires.

MORENO, F. P. (1969): *Viaje a la Patagonia Austral 1876-1877*. Solar/Hachette. Buenos Aires.

– (1997): *Reminiscencias del Perito Moreno*. Elefante Blanco, Buenos Aires.

– (2004) [1897]: *Apuntes preliminares sobre una excursión al Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz*. Elefante Blanco, Buenos Aires.

MOYANO, C. (1881): Informe. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo 2.

– (1931): *Viajes de exploración a la Patagonia (1877-1890)*. Buenos Aires.

MUSTERS, G. W. (1964) [1871]: *Vida entre los patagones*. Solar-Hachette, Buenos Aires.

NACUZZI, L. (1991): «La cuestión del nomadismo entre los tehuelches». *Cuadernos de Etnohistoria. Memoria Americana*. vol. I: 103-133.

NAVARRO FLORIA, P. y CASKILL, A. MC. (2004): «La «Pampa fértil» y la Patagonia en las primeras geografías argentinas (1876)». En NAVARRO FLORIA, P. (comp.), *Patagonia: ciencia y conquista. La mirada de la primera comunidad científica argentina*: 101-117. Centro de Estudios Patagónicos (CEP). Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Nacional del Comahue, Río Negro.

NAVARRO FLORIA, P.; SALGADO, L. y AZAR, P. (2004): «La invención de los ancestros: el «patagón antiguo» y la construcción discursiva de un pasado nacional remoto para la Argentina (1870-1915)». En NAVARRO FLORIA, P. (comp.), *Patagonia: ciencia y conquista. La mirada de la primera comunidad científica argentina*: 119-145. Centro de Estudios Patagónicos (CEP). Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Comahue, Río Negro.

NOUZEILLES, G. (1999): «Patagonia as Boderland: Nature, Culture and the idea of State». *Journal of American Cultural Studies*, 8 (1): 35-48.

PALERMO, M. A. (2000): «A través de la frontera. Economía y sociedad indígenas desde el tiempo colonial hasta el siglo XIX». En TARRAGÓ, M., *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*: 343-382. Editorial Sudamericana: Buenos Aires.

PAZ SOLDÁN, M. F. (1887): «Gobernación del Chubut». En *Atlas Geográfico de la República Argentina*. Pl. XXIV.

PEREZ DE MICOU, C.; BELLELLI, C. y ASCHERO, C. (1992): «Vestigios minerales y vegetales en la determinación del territorio de explotación de un sitio». En LANATA y BORRERO (eds.), *Análisis espacial en la Arqueología patagónica*: 57-86. Ayllu, Buenos Aires.

PÉREZ DE MICOU, C.; A. CASTRO; M. L. FUNES; L. S. BURRY y M. TRIVI DE MANDRI (2009): «Prospecciones en el Río Chico, provincia de Chubut». En SALEMME, M.; SANTIAGO, M. F.; ÁLVAREZ, M.; PIANA, E.; VÁZQUEZ, M. Y MANSUR, E. (eds.), *Arqueología de Patagonia: una mirada desde el último confín*, tomo II: 1149-1158. Editorial Utopías (Ushuaia), Buenos Aires.

PINOTTI, L. (comp.) (2001): *Sin embargo existimos. Reproducción biológica y cultural de una comunidad tebuelche*. Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA).

REY BALMACEDA, R. (1960): *Geografía Histórica de la Patagonia: 1870*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

– (1964): «Estudio Preliminar». En MORENO, F. P, *Viaje a la Patagonia Austral. 1876-1877*: 7-24z. Ed. Solar/Hachette, Buenos Aires.

TORT, J. (2003): «Toponimia y marginalidad geográfica. Los nombres de lugar como reflejo de una interpretación del espacio». *Scripta Nova*. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. vol. VII, núm. 138. Universidad de Barcelona.
Disponible en <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-138.htm>>

Fuentes documentales

David Rumsey Map Collection Data base and blog. Cartography Associates, Copyrights 2009. Consultada en marzo de 2010.
Disponible en <<http://www.davidrumsey.com>>.